

15 céntimos el número



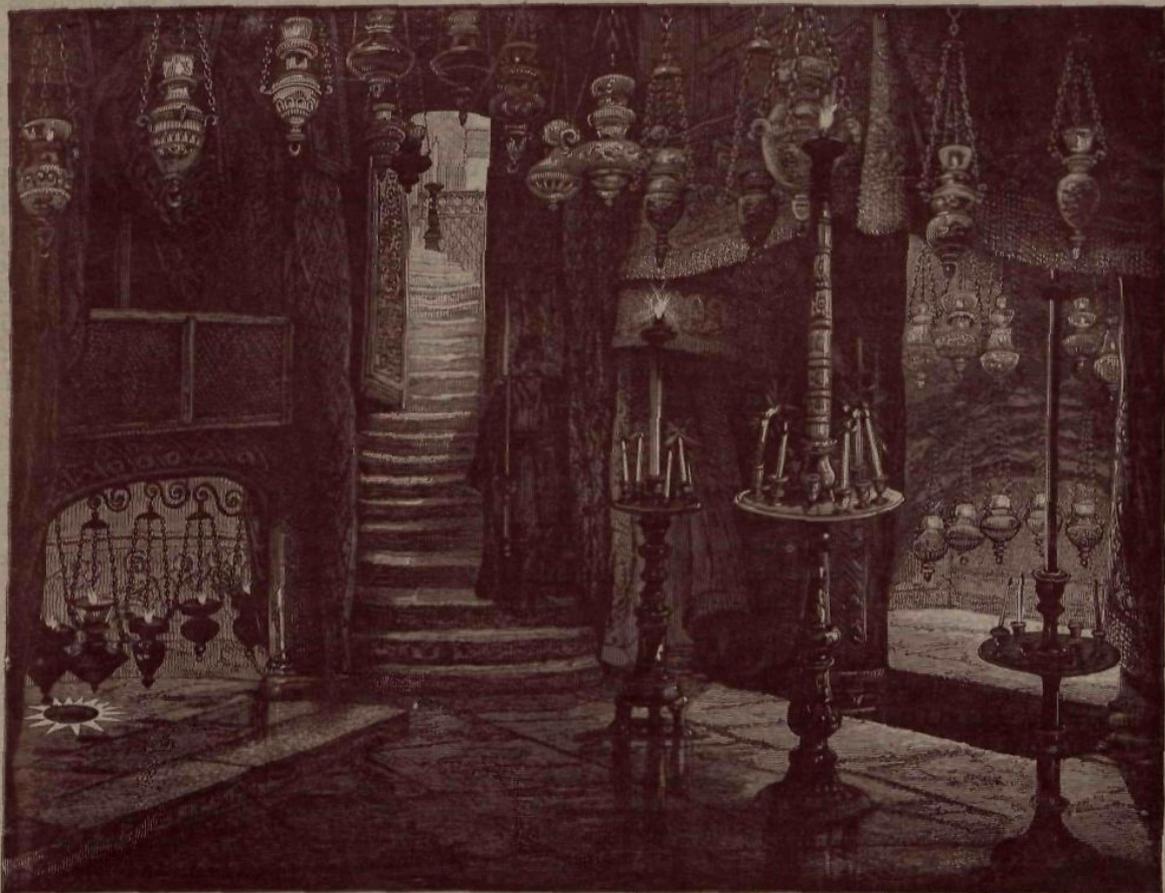
SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 23 Diciembre de 1893

Núm. 82

ADMINISTRACIÓN.— ESPASA Y COMP.^ª, EDITORES.— CORTES, 221 Y 223



CAPILLA DE LA NATIVIDAD EN LA CRIPTA DE LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA, EN BELÉN

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — CUENTOS DE NAVIDAD: Una Noche buena en el Mirais, por ALFONSO DAUDET. — El almogávar (poesía), por TOMÁS AGUILÓ. — MARRUECOS: Tánger, por EDMUNDO DE AMICIS (continuación), traducido del italiano por C. V. DE V. — Mujer (conclusión), por EMILIA PARDO BAZÁN. — Nuestros grabados — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados. — Capilla de la Natividad en la cripta de la basílica de Santa María, en Belén. — MARRUECOS: La playa, cerca del cabo Malabat. — El moro Mahomet. — El té en casa de Mahomet. — Natividad, dibujo de APELES MESTRES. — La Virgen, el Niño Jesús y San Juan, cuadro de G. BOUGUEREAU. — Un mártir de la fotografía instantánea, por CUCHY.



Crónica

AUNQUE parezca que Inglaterra, por la condición especial de sus habitantes, se halla en el caso de poder jugar con fuego sin riesgo de quemarse, en más de una ocasión la política del *laissez faire*, á que tan dados son los gobiernos liberales ingleses, le ha acarreado disgustos y conflictos que ha sido después muy difícil conjurar. Ahora corre riesgo de que le suceda otro tanto. Ha sido tolerante con los anarquistas y perturbadores de toda calaña, y la perturbación, según indicios, va á meterse en su misma casa. Todos los revolucionarios buscan siempre el lado flaco de los pueblos, ó para atacar hacia aquel lado ó para agarrarse á él si conviniera. Los perturbadores ingleses y del continente han visto que el lado flaco de aquella poderosa nación se hallaba en Irlanda, y allá han ido, sin disputa, á encender el fuego aprovechando la agitación creada en aquella provincia por el célebre proyecto de *Home rule*. Es bien sabido, y esto lo hemos dicho otras veces, que el tal proyecto no satisface á nadie. Mientras los irlandeses separatistas lo tienen por mezquino y muy limitado, los ingleses en general y en particular los conservadores y no pocos irlandeses, sobre todo los del condado de Ulster, juzgan que ha de traer consecuencias dolorosas para la integridad del Imperio. La lucha se ha presentado de nuevo, y los fenianos, si no han aparecido ya, se hallan en puerta, dándolo á entender hechos ocurridos recientemente, entre otros el asesinato de Patrick Reid, por espía y traidor á la causa separatista. Mr. Morley, el ministro secretario por Irlanda, ha recibido anónimos en que se le amenaza con la muerte, por lo cual de algún tiempo acá reside en Londres siempre, con el palacio vigilado por numerosos agentes de policía. De este mismo ministro se ha dicho que se iba á pasar algunos días al Mediodía de Francia, con objeto de cuidarse una pleuresía que pilló hace un mes, y acaso para poner agua y tierra, durante algún tiempo, entre su persona y los fenianos que le han amenazado. Aun cuando esto último no fuese así, de todas maneras los atentados de Irlanda por un lado y las amenazas á Mr. Morley por otro, hacen temer que renazca, con mayor ó menor fuerza, la agitación teniana que tan malos ratos ha procurado á los gobiernos de la Gran Bretaña.

El Reichstag alemán ha aprobado una proposición, presentada por el grupo católico, llamado del Centro, para derogar la ley de 1872 por la que se expulsó del Im-

perio á los jesuítas, redentoristas y á otras comunidades religiosas del Catolicismo. Durante largo tiempo ha combatido el Centro para lograr este resultado, mas siempre lo hizo en vano, sin que pudiera lograrlo el talento y la constancia de su difunto presidente Windthorst. Ahora lo ha obtenido consiguiendo una importante mayoría en la votación. En ella, aparte del Centro, figuran algunas docenas de protestantes y los socialistas, quienes, por boca de su jefe, hicieron constar que, si bien enemigos del Catolicismo en general y de los jesuítas en particular, votarían en pro de la proposición. Acto continuo, empero, los mismos que habían votado para que se alzase el destierro de los PP. jesuítas, hicieron otro tanto en favor de una proposición por la que se derogan las penas señaladas á los que ultrajan á la Religión Católica y á los católicos. Hicieronlo, sin duda, como contrapeso y para que ni por un momento pudiera dudarse de su odio á la Religión verdadera y á cuantos profesan sus doctrinas. Los católicos han recibido con júbilo la votación del Reichstag, más por lo que supone que por lo que es en sí. En efecto, aquella Cámara, en último resultado, no hace más que proponer: sus acuerdos pasan al Consejo federal del Imperio, que los admite ó los rechaza, según entienda. En este caso es opinión general que no aceptará la proposición del Centro, y que, por lo tanto, las cosas quedarán como estaban ó poco menos. Quedará, sin embargo, una situación en el fondo más propicia á las órdenes religiosas, la que puede engendrar una corriente que acabe por influir en el mismo Consejo federal. A esto pueden coadyuvar circunstancias políticas y financieras, como verbi-gracia la conveniencia ó necesidad de tener propicios á los católicos cuando se trate de votar los impuestos para cubrir los cuantiosos gastos del aumento del ejército.

Zanardelli, tras de muchas idas y venidas y de no poco tiempo, hubo de renunciar el encargo de formar ministerio que le había conferido el rey Humberto. Crispi apareció de nuevo como el que de momento había de sacar á flote la atropellada nave del gobierno italiano. Bien sabida es la significación de Crispi en la política. El Catolicismo recibirá con él nuevos golpes, y por lo contrario halagos manifiestos la revolución en todas sus formas. Italia camina por senderos que han de conducirle á su ruina, derrumbándose así un coloso que, como el entrevisto en sueños por Nabucodonosor, tiene los pies de barro desde sus comienzos.

Va tomando cierto carácter legendario la lucha entre Peixoto, el presidente del Brasil, y Custodio de Mello, el almirante sublevado. Ninguno cede en manera alguna. Mello embiste cuanto puede y cañonea y bombardea, y hasta gana terreno en su empresa, y Peixoto contesta también á cañonazos en cuanto le es posible al fuego de su contrario. Mientras tanto el presidente brasileño hace alistar de prisa en los Estados Unidos buques de guerra que presentarán batalla á los que tiene á sus órdenes el almirante de Mello. El *Nicteroy*, uno de los barcos á que aludimos, es de gran porte y bien artillado, creyéndose que pueda habérselas con el *Aquidaban*, máquina potente de guerra que tiene Custodio de Mello. Esta situación no puede prolongarse, siendo de creer que en breve lleguen noticias en las cuales se vea con claridad cuál haya de ser la terminación del conflicto. La opinión en general sigue inclinándose á favor del almirante.

En Buenos Aires no está tampoco dominada por completo la insurrección, pero, según ya dijimos en anterior-

res crónicas, ha mejorado evidentemente el estado político de aquella República, que cuenta con tantos medios para ser poderosa, rica y feliz si supiese domar y tener á raya sus pasiones políticas.

* * *

Bilbao ha sido en nuestra patria el punto elegido por los productores para reunirse y desde allí elevar sus quejas al Gobierno en contra de los tratados de Inglaterra y Alemania. La reunión fué imponente: los centros industriales más ricos de España estaban representados en el *meeting*; las razones que se adujeron en contra de los tratados y en pro del trabajo nacional fueron contundentes y concluyentes. La unanimidad más admirable reinó en todo, saliendo de la reunión un acuerdo enérgico que los comisionados mismos de la Producción Nacional entregarán en Madrid al Presidente del Consejo ó al Ministro de Estado. La batalla está empeñada y será ruda. Cuál será el resultado es difícil preverlo, porque en la corte trabajan con empeño los que á la sombra del librecambio abogan en el fondo por su negocio.

* * *

En Melilla la situación no había variado, trabajándose en las obras de los fuertes. Gran polvareda movió el bando del general Martínez de Campos por el que castigaba con pena de muerte á quien publicase noticias sobre proyectos de operaciones ú otras que pudiesen causar daño á la moral de las tropas. Los corresponsales de periódicos se habían alborotado, juzgando que no podrían ya decir nada, mas el general mismo les aclaró el alcance de su bando, reducido á copiar artículos de las Ordenanzas, y les dijo que podían escribir sus correspondencias con tal de que en ellas no pusiesen cosa alguna que fuese contraria al patriotismo. Decíase que además del levantamiento de los fuertes, se reclamaría una zona neutral de quinientos metros y se pediría una indemnización por los gastos de la guerra. La zona neutral va indicada en el tratado de Wad-Ras, su extensión es poca, mas para lograrlo existe el inconveniente de que en el terreno que comprende tengan levantados los rifeños algunas casas y caseríos.

* * *

Otra hazaña de los dinamiteros ha producido de nuevo viva conmoción en Europa. La bomba que hizo explosión en la Cámara de los Diputados, en París, causando numerosos heridos, ha probado una vez más la necesidad que se siente de una acción internacional, mancomunada, para perseguir á los hombres que con la pólvora y la dinamita quieren sembrar el terror en la sociedad. ¿Se convencerán de una vez los partidarios de los sistemas represivos, que por el camino que siguen no lograrán evitar crímenes como los del Liceo de Barcelona y de la Cámara de los Diputados en Francia?

B.

Cuentos de Navidad

UNA NOCHE BUENA EN EL MARAIS

EL señor Majesté, fabricante de agua de Seltz en el Marais, que había asistido á una modesta cena en casa de unos amigos de la Place Royal, regresaba á su domicilio canturreando.

—Dan las dos en Saint-Paul. ¡Qué tarde es! dijo para sí el buen hombre apresurando el paso.

El empedrado está resbaladizo, las calles oscuras, y

además en aquel dichoso barrio antiguo, que data del tiempo en que los carruajes eran muy raros, hay gran número de vueltas y revueltas y piedras salientes, delante de las puertas, para uso de los jinetes. Todo esto impide ir de prisa, sobre todo cuando se tienen ya un poco pesadas las piernas y se siente cierta fatiga en los ojos á causa de los brindis de la cena... Llega por fin el señor Majesté á su casa, detiéndose junto á su portalón adornado, donde á la luz de la luna brilla un escudo de armas dorado de nuevo y con blasones antiguos repintados con los que ha formado su marca de fábrica:

HOTEL (ANTES) DE NESMOND

MAJESTÉ MENOR

FABRICANTE DE AGUA DE SELTZ

En todos los sifones de la fábrica, en las facturas de la casa y en los membretes de las cartas aparecen resplandecientes los antiguos cuarteles de los Nesmond.

Después de la puerta de entrada viene el patio, un anchuroso patio ventilado y claro, que al abrirse durante el día da luz á toda la calle. En el fondo se ve un gran edificio muy antiguo, de ennegrecidas paredes, con muchos adornos y labores, balcones de hierro redondos, balcones con balaustres de piedra, inmensas ventanas muy altas, coronadas por frontones y capiteles que se elevan hasta los altísimos pisos, otros tantos aleritos dentro del alero general, y por fin en la armadura de la techumbre, entre las pizarras, las lumbreras de las buhardillas, redondas, elegantes y rodeadas de guirnaldas como el marco de un espejo. Luego la gran escalinata de piedra corroída, verdosa por la lluvia, y otra raquítica trepando por las paredes, tan negra y tan retorcida como la cuerda que pende balanceándose desde la garrucha del granero; en conjunto, cierto grandioso aspecto de vetustez y de tristeza... Tal es el antiguo palacio de Nesmond.

En pleno día no parece el mismo palacio. Por todas partes relumbran con letras de oro las palabras: *Caja, Almacenes, Entrada á los Talleres*, dando vida, rejuveneciendo aquellos viejos muros. Los camiones del ferrocarril hacen retemblar la puerta de entrada: los dependientes, con la pluma detrás de la oreja, salen á la escalinata para hacerse cargo de las mercaderías. El patio está lleno de cajas, cestos, paja y telas para embalajes, y todo allí tiene la fisonomía peculiar de la fábrica... Pero en el gran silencio de la noche y sobre todo en aquella luna de invierno, que arroja y mezcla sombras entre la espesura de aleros complicados, la antigua casa de los Nesmond recobra aires señoriales. Los balcones parecen de encaje, el patio de honor más grande y la vieja escalinata iluminada por tragaluces desiguales como que presenta escondrijos de catedral, con nichos vacíos y gradas ruinosas semejantes á altares.

Esta noche, en particular, el señor Majesté encuentra que su casa presenta un aspecto singularmente grandioso. Al atravesar el desierto patio el ruido de sus propias pisadas le impresiona. La escalera le parece inmensa y muy pesada de subir. Sin duda consistirá en la cena... Al llegar al primer piso, detiéndose para tomar aliento y se acerca á la ventana. ¡Lo que es vivir en una casa histórica! Por fortuna el señor Majesté no es poeta; y sin embargo, al mirar aquel inmenso patio aristocrático donde la luna extiende una sábana de luz azulada, aquella vetusta residencia de gran señor que parece dormida, con sus aleros cubiertos con gorros de nieve, le asaltan ideas del otro mundo:

—¡Hum!... ¡Si apareciesen los Nesmond!...

En este momento suena un gran campanillazo. La puerta se abre de par en par con tal rapidez é ímpetu que se apaga el farol y por espacio de algunos minutos prodúcese entre la sombra de la puerta un ruido confuso de roce de telas y de cuchicheos. Disputan, pugnan por entrar. Criados, muchos criados, carrozas con cristales que reflejan la luz de la luna, sillas de manos balanceándose entre dos antorchas que se avivan con la corriente de aire del portalón. En un instante queda el patio invadido, pero al pie de la escalinata cesa la confusión. De los carruajes apéanse personas que se saludan y entran charlando como si conocieran la casa, y en la escalinata no cesa un punto el continuo ruido de sedas y espadas. Sólo se ven cabelleras blancas y empolvadas; sólo se oyen vocecitas agudas algo temblonas, risitas algo destempladas y pasos menudos. Todas aquellas gentes parecen viejas, muy viejas; tienen los ojos empañados, las joyas descuidadas, antiguos brocados de seda de suaves matices y de cambiantes que á la luz de las antorchas brillan con reflejos pálidos. Sobre todo esto flota una neblina de polvos que las pelucas, ensortijadas en tirabuzones, despiden á cada una de las graciosas reverencias algo tiesas á causa de las espadas y de los trajes que lucen aquellos personajes... Pronto la casa entera presenta un aspecto de la vida de sociedad íntima. De ventana en ventana lucen las antorchas, suben y bajan por las revueltas de la escalera y hasta los tragaluces de las buhardillas se ven con su chispa de luz en señal de fiesta y alegría. Iluminase todo el palacio de Nesmond como si los vivos rayos del sol poniente se reflejaran en los cristales.

—¡Ah! ¡Dios mío!... ¡van á prender fuego!... exclama para sí el señor Majesté.

Y saliendo de su estupor trata de sacudir el entumecimiento de sus piernas y baja apresuradamente al patio en donde los lacayos acaban de encender una gran hoguera. El señor Majesté se aproxima á ellos y les habla, pero los lacayos no le contestan y continúan hablando en voz baja entre sí, sin que entre la glacial oscuridad de la noche se vea salir de su boca la más pequeña corriente de vapor. El señor Majesté no está á su gusto, pero una cosa le tranquiliza. Aquella gran hoguera cuyas llamas suben tan altas y tan derechas es un fuego singular, una lumbre sin calor que luce y no quema. Algo más tranquilo ya, sube el buen señor la escalinata y penetra en los almacenes.

Estos almacenes de planta baja debían ser antaño unos magníficos salones de recepción. En todos los ángulos lucen aún fragmentos de oro deslucido. Pinturas mitológicas adornan el techo, rodean los espejos y flotan sobre las puertas con vagos matices un poco empañados como el recuerdo de los años transcurridos. Por desgracia allí no hay cortinajes ni muebles y no se ven más que cestos, grandes cajas llenas de sifones con embocaduras de estaño y las ramas secas de un viejo arbusto suben oscuras por detrás de los cristales. Al entrar el señor Majesté se encuentra los almacenes llenos de luz y gente. Saluda á todos, pero nadie se fija en él. Las mujeres, del brazo de sus cortejantes, continúan haciendo arrumacos ceremoniosos envueltas en sus sedosos trajes. Pasean, charlan, se dispersan. No parece sino que aquellos señorones están en sus propias casas. Una pequeña sombra se detiene temblando ante un entrepaño pintado y exclama:

—¿Quién dirá que yo soy esa?

Y contempla sonriendo una Diana esbelta y sonrosada que con una media luna en la frente se destaca sobre el entarimado.

—¡Nesmond, vén á ver tus armas!

Y todos se echan á reír al ver el blasón de los Nesmond estampado en una tela para empaquetar.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Majesté!... ¿Todavía hay majestades en Francia?

Y todo son burlas, sucediéndose unas á otras, risitas aflautadas, dedos que apuntan al aire, bocas que hacen melindres...

De pronto grita uno de los concurrentes:

—¡Champagne! ¡Champagne!

—¡No lo es!...

—Sí, lo es... Sí, es Champagne... Vamos, condesa, cenemos al punto.

Han tomado por Champagne el agua de Seltz del señor Majesté. Lo encuentran un poco flojo; pero ¡bah! se lo beben, y como aquellos fantasmitas no tienen muy sólida la cabeza, poco á poco la espuma del agua de Seltz les anima, les excita, les da ganas de bailar. Organízanse minués. Cuatro violines que Nesmond hizo venir comienzan un aire de Rameau, todo él en tresillos, dulce y melancólico, dentro de su misma vivacidad. Es de ver cómo giran con lentitud y saludan á compás todas aquellas antiguas bellezas. Sus adornos y atavíos, las chupas de oro, las casacas bordadas, los zapatos con hebillas de diamantes, todo parece rejuvenecido; los mismos plafones parecen revivir al escuchar los antiguos aires. El vetusto espejo, sujeto en la pared doscientos años há, también los reconoce, y deslucido, negro en los ángulos como se encuentra, brilla suavemente y envía su imagen á los que bailan, imagen algo borrosa y como enternecida por un penoso recuerdo. Rodeado de tantas elegancias el señor Majesté se sintió molesto y se ha escondido detrás de un cajón desde donde mira todo aquello...

Poco á poco empieza á amanecer. Por las puertas vidrieras de los almacenes se percibe ya la blancura del patio, luego lo alto de las ventanas, por fin todo el lado del salón. Al poco rato el señor Majesté no ve más que dos de los violinistas retrasados y que se evaporan al tocarles la claridad del alba. En el patio advierte todavía, aunque muy vaga, la forma de una silla de manos, una cabeza empolvada y con estrellas de esmeraldas, las últimas chispas de una antorcha que un lacayo tira al suelo, las cuales se mezclan con las que hacen saltar las ruedas de un vehículo de transporte que penetra con gran estrépito en el patio por la gran puerta de entrada.

ALFONSO DAUDET.

El almogávar

1285

E comptar vos he un bell exempli e miracle que s'esdevench. . lo qual yo viu, e tot hom comunament: e aquest vos vul recomptar, però que cascú se quart de la ira de Deus.

MONTANER.

(Crònica dels Reys d' Aragó, cap. CLXX).

ENTRE áridas breñas un seno hay abierto, cual balsa que un muro del viento preserva; de glorias antiguas tan sólo conserva dos torres cuadradas, y el nombre de puerto. Apenas abriga su espacio hoy desierto la pobre barquilla que mueven dos remos; y un tiempo se vido, por ambos extremos, de surtas galeras, de naves cubierto.

Sin duda algún pino de ramas vetustas un tiempo copiaban las plácidas olas,

que agora no lejos columpian á solas
de aquellas dos torres las sombras adustas.
Ni existe tampoco de argollas robustas
la férrea cadena labrada en las fraguas,
que el puerto cerraba, midiendo sus aguas,
y entrada de noche vedaba á las fustas.

Pequeño oratorio se ve todavía
alzarse en la costa que el piélagos azota:
de Mira al obispo la gente devota
allí tributaba sus cultos un día.
Al culto el olvido sucede á porfía;
desierto es el templo, cual yerma la costa,
y sólo hoy resuena su bóveda angosta
al ronco mugido del onda bravía.

Callada una noche cubrióse de un velo
oscuro, cual manto que viuda se viste;
triste era el silencio, la sombra era triste,
sin brisas el aire, sin astros el cielo.
Cual sábana inmensa de sólido hielo
la mar sin espuma se vía aplanada:
y en tanto en el puerto dormía una armada,
cual banda de grullas cansadas del vuelo.

Algunos soldados que en tierra albergaban
en torno de hoguera, del templo al abrigo,
sin sueño, ni frío, ni miedo al castigo,
jugando á la taba la noche pasaban.
Sus pocos florines y el hueso arrojaban,
y un fiero almogávar, apenas caía
el hueso, miraba, sus labios mordía,
y sordas blasfemias de entre ellos saltaban.

El último sueldo ya había sacado
del fondo grasiento de vieja escarcela;
de nuevo en el aire la taba allí vuela,
y cae, y la mira con ansia el soldado.
Cual busto de piedra se queda parado;
mas antes que el grupo deshaga la rueda,
la cruz por tres veces de aquella moneda
golpea el maldito con puño cerrado.

Mofaron su rabia los más compañeros,
y en busca de hierbas se van de consuno,
que es víspera santa, que es noche de ayuno,
y entonces ayunaban también los guerreros.
Mas él por desdicha ve cuatro carneros,
que ya desollados del pórtico penden,
y para vengarse sus iras pretenden
burlar de la Iglesia los ritos austeros.

De inútil ballesta cubierta de herrumbre
el arco destuerce, y en él atraviesa
de un gordo carnero la pierna más gruesa,
que luego despacio voltea á la lumbre
Mecerla parece la llama en su cumbre:
los otros volvieron, y en voz de reproche:
—¿Qué es esto? exclamaron, ¿quién osa esta noche
romper del ayuno la antigua costumbre?

—Antigua ó moderna, costumbre es más sana
que hartarse de berzas, probar el carnero,—
con risa grotesca replica el guerrero,
y en dar al asado más vueltas se afana.
Creyeron los otros que en zumba profana
paraba el amago de escándalo impío,
y sólo dijeron:—¿Qué va que el judío
á Cristo nacido no espera mañana?

—Ni de hoy ni mañana me importa la fiesta;
y si las deshonro comiendo esa carne,
por más que Dios vivo cien veces se encarne,
privarme no quiero de cena cual ésta.—
A tales bravatas ninguno contesta;
asombro ó desprecio tal vez les arredra;
y ven al blasfemo que sobre una piedra
cubierta de harapos su vianda ya apresta.

Le miran callando cual llega á su boca
el trozo de carne que alegre cortara,
y ven de repente que inmuta su cara,
y asirse procura convulso á la roca.
Le ven que vacila con fuerza ya poca,
que súbito viene de espaldas á tierra;

y alzando tal grito que á todos aterra,
á Santa María tres veces invoca.

Mas luego enmudece: de rayo invisible
parecen tocados sus miembros ya muertos,
su pelo rizado, sus ojos abiertos,
de sólo mirarlos dan grima terrible.
Temblando los otros, cual seña infalible
de eterna venganza tal caso comprenden;
y heridos de espanto con lágrimas tienden
en vieja frazada su cuerpo insensible.

Tres horas le velan; mas cuando en su oído
penetra el confuso rumor de campanas
que en voz misteriosa publican lejanas
que media la noche, que Cristo ha nacido,
y el canto del gallo se mezcla al tañido
que en todos los pechos contento derrama;
también se aperciben que á un clérigo llama
el triste almogávar por muerto tenido.

Fué nueva sorpresa, pues era su grito
igual al que exhala quien cruza un desierto;
creía estar solo de sombra cubierto,
sin ver ni la hoguera que alumbra el distrito.
Tullido y cegado semeja un precito,
que siente las llamas sin verlas ni huirlas;
y en el sacerdote que viene á oírlos,
sus culpas enormes depone contrito.

Y añade en voz alta: que cuando en mal punto
la vianda vedada llevaba á su boca,
ve un hombre que al techo del pórtico toca,
de horrible gigante reflejo ó trasunto;
y mientras le observa, le vido á sí junto
coger de ceniza disforme puñado,
que le echa en el rostro con brazo irritado,
tumbándole al suelo ya cuasi difunto.

Absuelto del crimen que al alma encadena,
mas no del castigo que al cuerpo arruina,
le lleven al templo que á Palma domina
el pobre almogávar demanda en su pena.
Del ara en las gradas su acerba condena
sufría en silencio, lloraba á raudales;
al pueblo y al clero dolían sus males,
y en llores y preces el templo resuena.

Y el día de Reyes después que termina
la plática usada de buen religioso,
que á doctos y legos explica celoso
misterios sublimes en lengua latina,
al Dios de justicia que su ira fulmina
demanda piedades inmenso gentío,
que puesto de hinojos entona con brío
la tierna plegaria de *Salve Regina*.

Terrible prodigio la súplica obra:
del mísero enfermo rechinan los huesos,
y aúlla y se agita con tales accesos,
que seis lo sostienen y ni uno le sobra.
Atónito el pueblo lo ve con zozobra;
mas cesa la *Salve*, y oyendo un gemido,
observa al momento que el ciego y tullido
recobra sus fuerzas, su vista recobra.

El júbilo entonces los ámbitos llena
del templo que á Palma dá lustre y orgullo;
el órgano acalla del pueblo el murmullo,
y el himno de gracias triunfante resuena.
Muy pronto al soldado que el gozo enajena
en alta galera descubren, el día
que Alfonso tercero, que al mar desafía,
con rumbo á Menorca zarpar les ordena.

Si de este milagro, lector, no te admiras,
poniéndolo en duda cual vieja leyenda,
no temas que alcemos por ella contienda;
tus juicios al mío ligados no miras.
Mas si porque dudas, del cielo las iras
confiado arrostrares, medita mi aviso:
dudar no es bastante, saber es preciso
que tales ejemplos son cierto mentiras.

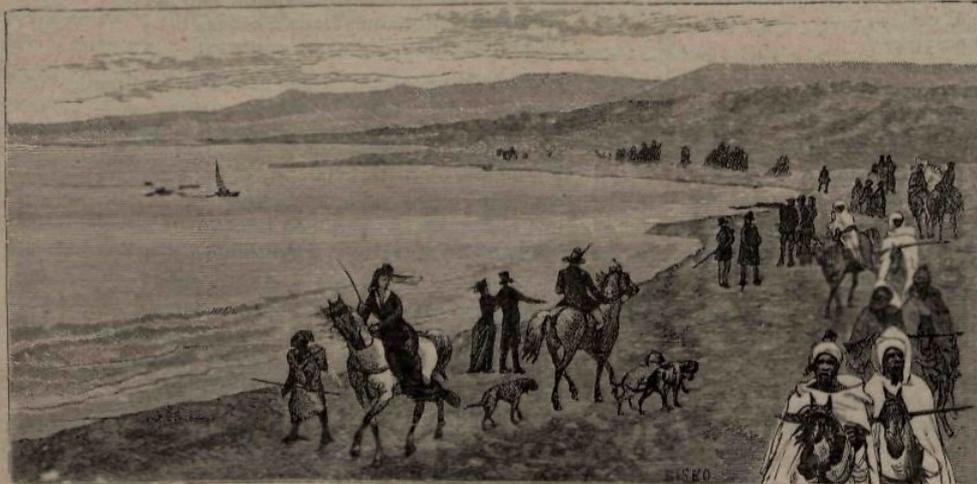
Marruecos

POR
EDMUNDO DE AMICIS

(CONTINUACIÓN)

TÁNGER

No existe más que un sitio donde se pueda pasear y éste es la parte de la playa comprendida entre la ciudad y el cabo Malabat: una playa llana, sembrada de conchas y vegetales arrojados por las aguas, y cubierta en distintos puntos de extensas charcas difíciles de vadear durante la alta marea. Estos son como si dijéramos los Campos Elíseos, ó la *Cascine* (1) de Tánger. La hora del paseo es la de la caída de la tarde. En ella puede verse una cincuenta de europeos que pasean en parejas ó en grupos, á algunos centenares de pasos los unos de los otros, de



La playa, cerca del cabo Malabat

manera que desde la muralla de la ciudad, se les conoce perfectamente á la distancia de una milla.

Distinguese en primer lugar una señora inglesa á caballo, acompañada de un guía; un poco más lejos, dos moros campesinos; después de los moros, el cónsul de España con su esposa; después un santón; después una camarera francesa con dos niños; después un grupo de campesinos árabes que cruza una charca enseñando las rodillas y tapándose la cara, y más lejos y á intervalos una chistera, un capuchón blanco, unas trenzas, y últimamente uno que debe ser el secretario de la legación de Portugal, á juzgar por el pantalón de color de perla que recibió ayer de Gibraltar. Porque debe saberse que en esta reducida colonia, todo el mundo está enterado de cuanto les pasa á los demás. Si no fuese irreverente la comparación, diría que se me antoja un paseo de condenados á domicilio limitado, ó viajeros convertidos en huéspedes forzosos de los piratas de una isla desierta, que aguardan la llegada del buque que trae el dinero del rescate.

* * *

Es más fácil orientarse en medio de la inmensidad de Londres, que en este puñado de casas que cogerían perfectamente en uno de los ángulos de Hayde-Park. Todas

(1) Nombre del paseo principal de Florencia. Como si dijéramos *Quesería*.

estas callejuelas, rinconadas y encrucijadas, por las cuales á duras penas puede transitarse, se parecen unas á otras como las celdillas de un panal, y sólo por medio de una atentísima observación de las más insignificantes particularidades, puede llegarse á distinguir un lugar de otro.

En cuanto dejo la plaza ó la calle principal, para internarme por las laterales, ya me hallo perdido. En uno de estos corredores silenciosos y oscuros, dos árabes podrían apoderarse de mí en mitad del día, secuestrarme, y hacerme desaparecer de sobre la haz de la tierra, sin que persona alguna se percatara de ello. Y sin embargo, un cristiano puede pasear solo por este laberinto y á la hora que mejor le cuadre, de día y de noche, en medio de estos bárbaros, con más seguridad que en cualquiera de nuestras ciudades. Una simple asta de bandera europea, enhiesta sobre una azotea, como el índice amenazador de una mano escondida, influye más en estas gentes que entre nosotros un verdadero ejército.

¡Qué diferencia entre la civilización de Londres y la de Tánger! Pero cada una tiene sus ventajas: aquélla puede enorgullecerse con sus palacios y caminos de hierro subterráneos; aquí se puede pasear entre la multitud con el sobretodo desabrochado.

* * *

No existe en todo Tánger ni un carro ni un coche: no se oye el rumor producido por las gentes trabajando en las labores de sus oficios respectivos, ni sonidos de campanas, ni gritos de vendedores: no se nota movimiento alguno apresurado en personas ni en cosas: hasta los mismos europeos que no tienen donde meterse, se pasan las horas muertas en la plaza: todo reposa y todo convida

al reposo. Yo mismo, que hace pocos días me encuentro aquí, empiezo á sentir el influjo de esta vida muelle y soñolienta. En cuanto llego al Zoco de Barra, siento irresistibles deseos de volver á casa: cojo un libro, y no bien he leído diez páginas, se me cae de la mano sin poderlo remediar: no bien reclino la cabeza sobre el respaldo de la butaca, he de hacer un verdadero esfuerzo, tal como recapitular, por ejemplo, un par de capítulos de Smiles, para levantarla de nuevo, y la sola idea de que he de trabajar ó de que me esperan, me abruma de fatiga.

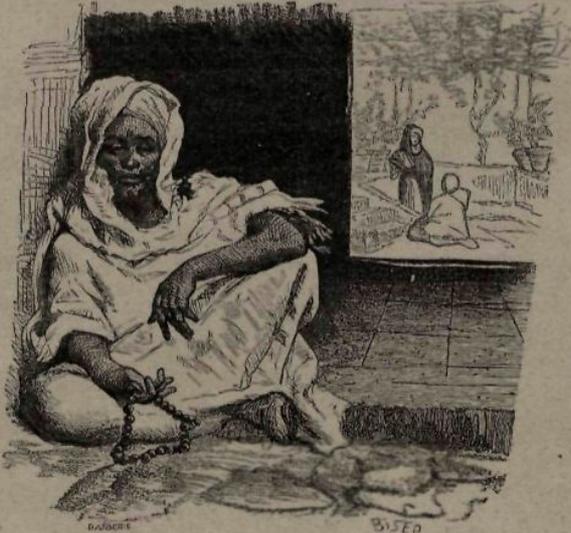
Este cielo siempre azul, y esta ciudad toda blanca, son una imagen de la paz inalterable y monótona, que para cuantos habitan este país viene á ser paulatinamente el supremo deseo de la existencia. Tal es el motivo de interrumpir en este punto la nota de mis observaciones. La pereza se ha apoderado de mí y me ha vencido...

* * *

Entre la mucha gente que bullía junto á la puerta de la Legación, veíase un moro elegante, que desde el primer día se me había llevado los ojos tras su persona. Era uno de los mancebos más apuestos que en Marruecos había visto: alto, esbelto, de mirar dulce y melancólico, con una sonrisa por demás expresiva; en suma, un aspecto de súltán enamorado, que Danasch, el espíritu maligno de *Jas mil y una noches*, habría podido colocar al lado de la princesa Badura en lugar del príncipe Camaralzaman, en la

seguridad de que no se habría aquella quejido del cambio. Llamábase Mahomet, tenía diez y ocho años y era hijo de un moro de Tánger entrado ya en años, protegido de la Legación de Italia: un honrado y campechano musulmán, que, hacía algún tiempo, iba casi todos los días con despaavorido semblante á pedir protección al ministro, contra un su enemigo que le había amenazado de muerte.

Dicho Mahomet hablaba algo en español, *moresco more*, es decir, usando todos los verbos en infinitivo, con lo cual le fué posible trabar amistad con mis compañeros. Hacía pocos días que estaba casado. Su padre le casó para que sentara la cabeza, y al efecto enlazóle á una muchacha de quince años, bella como él. Con todo, el matrimonio no le había cambiado gran cosa. Continuaba



El moro Mahomet

siendo, según nosotros decíamos, *un moro de porvenir*, que no le hacía ascos á las copas de buen vino,—como no le vieran los suyos;—que chupaba los habanos con plácida delectación; cansábale por lo monótona la vida de Tánger; buscaba el trato de los europeos y por fin y remate acariciaba la idea de un viaje á España.

Sin embargo, lo que en aquellos días le retenía á nuestro lado, era el deseo de obtener, por nuestra mediación, permiso en forma para agregarse á la caravana y de esta suerte visitar á Fez, la gran metrópoli, su Roma, el sueño de su infancia, la ilusión de su vida. Á este propósito nos prodigaba saludos, sonrisas y afectuosos apretones de manos, con tal expansión y gracia tanta, que bastaran á seducir entero el harem del emperador.

Como casi todos los demás moros de su edad pasábase el día yendo de una á otra calle, de esta á aquella esquina, para hablar del nuevo caballo de tal ó cual ministro; de la marcha de un amigo á Gibraltar; de la llegada de un buque; del robo ó hurto que se había cometido; de habladurías de mujer, ó permaneciendo horas enteras, inmóvil y taciturno en un ángulo de la plazuela del mercado, con la cabeza sabe Dios dónde.

Á este bellissimo desocupado va unido el recuerdo de la primera casa morisca en que puse la planta, y el de la primera comida árabe en que sometí á prueba mi paladar. Un día su padre nos convidó á comer. Era un deseo que abrigábamos hacía mucho tiempo.

Una tarde, casi á prima noche, guiados por un intérprete, y acompañados por cuatro criados de la Legación, después de haber atravesado algunas callejuelas oscuras, llegamos delante de una puerta adornada con arabescos,

que se abrió como por encanto al aproximarnos, y pasado un aposentillo blanco y completamente desmantelado, nos encontramos en el centro de la casa.

Lo primero que nos llamó la atención fué un gran tropel de gentes, una luz extraña, una maravillosa pompa de colores. Saliónos al encuentro el dueño de aquella, acompañado de su hijo y de sus parientes, ciñendo todos grandes turbantes de deslumbrante blancura: marchaban detrás algunos servidores con las capuchas echadas: más lejos, en los ángulos menos iluminados y junto á los umbrales de las puertas, podían distinguirse mujeres y niños en cuyos rostros veíase pintada la sorpresa; mas á pesar de hallarse reunida tanta gente, reinaba un silencio profundo. Imaginaba hallarme en una sala: levanté la cabeza, y ví el cielo estrellado. Estábamos en el patio.

Como todas las casas árabes, era aquella un pequeño edificio cuadrado con un patinejo en el centro, á dos de cuyos lados se abrían dos puertas que daban ingreso cada una á un aposento largo y de elevada techumbre, desprovisto de toda ventana, y sin más abertura que la arqueada puerta de ingreso, de la cual pendía un pesado cortinón. Las paredes eran blancas como el ampo de la nieve; los arcos de las puertas dentellados: el pavimento de mosaico; aquí y allá pequeños ajimeces pareados y diminutos babucheros. La casa había sido adornada convenientemente con motivo de nuestra recepción. Los suelos estaban cubiertos de alfombras y alcatifas: junto á las puertas brillaban velas de color de rosa, verdes y amarillas, puestas en magníficos candelabros, y, colocadas sobre diminutas mesillas, veíanse macetas con flores, que reproducían los tersos y brillantes espejos instalados detrás de ellas.

El efecto de todas estas cosas, extraño en sí mismo, y aisladamente considerado, resultaba extrañísimo al considerarse en conjunto. Había allí algo de decoración de iglesia y al par de adorno de teatrillo, de sala de baile y de postiza majestad; pero lleno todo de gentileza y de gracia, y en la distribución de las luces, y en la combinación de los colores, un efecto nuevo, un significado profundo, una maravillosa correspondencia en todo cuanto, bien que confusamente, habíamos pensado y sentido respecto de aquel pueblo, cual si fuese aquella luz, si así podemos decirlo, y al par que la luz, el colorido de su filosofía y de su religión. Viendo el interior de aquella casa, penetrábamos por vez primera en el interior de la raza entera.

Pasáronse algunos minutos en cortesías y afectuosísimos apretones de manos, después de lo cual fuimos invitados á ver el aposento nupcial. Por mi parte, con la curiosidad propia de un europeo poco aprensivo, por no decir descarado, busqué inútilmente los ojos de Mahomet; mas inútilmente, pues éste había inclinado la cabeza y velado el rubor bajo el turbante. La cámara nupcial consistía en una sala alta, larga y estrecha, cuya puerta salía al patio. En el fondo veíanse á un lado el lecho de la esposa, y en el opuesto el de Mahomet, cubiertos ambos de riquísima estofa de un rojo subido, recortado por bellísima franja: el pavimento hallábase cubierto de preciosas alcatifas de Rabat, y las paredes de tapices rojos y amarillos: entre los dos lechos veíase el ropero de la novia adosado al muro, abundantemente provisto de jubones, faldas, calzas, vestimentas y prendas de formas desconocidas; de todos los colores de florido jardín; de lana, de seda, de terciopelo, lisas, recamadas y bordadas de oro y de plata; toda la canastilla de una muñeca de archiduquesita; un espectáculo capaz de trastornar la cabeza á un coreógrafo y hacer morir de envidia á una bailarina.



LA VIRGEN, EL NIÑO JESÚS Y SAN JUAN. — CUADRO DE G. BOUGUEREAU



NAVIDAD. — DIBUJO DE APELES MESTRES

Desde allí pasamos al comedor. También se veían en él alfombras, tapices, flores, ricos candelabros puestos en el suelo; cojines y almohadones de mil colores colocados junto á las paredes, y dos lechos adornados con gran magnificencia, puesto que la estancia constituía la cámara nupcial del amo de la casa. Al lado de uno de aquéllos, hallábase dispuesta la mesa, contra la costumbre de los árabes, que colocan los platos en el suelo y comen sin cubiertos, y á despecho de los preceptos del Profeta, brillaba en derredor una corona de añejas botellas, destinadas á recordarnos en medio de las voluptuosidades del festín moro, que éramos cristianos de pura raza.

Antes de acercarnos á la mesa, nos sentamos en los cojines cruzando las piernas á estilo oriental, en derredor



El té en casa de Mahomet

del secretario del dueño de la casa, un hermoso moro con turbante, que preparó el té delante de nosotros y nos sirvió, según la costumbre establecida, tres tazas á cada uno, debidamente azucaradas y aromatizadas con esencia de hierbabuena, en tanto que entre taza y taza acariciábamos la colilla y la pelada cabezuela de un morito de cuatro años, último de los hermanos de Mahomet, que contaba furtivamente los dedos de nuestras manos, para convenirse de que eran cinco como los de todos los mahometanos. Apurado el té nos sentamos á la mesa. El dueño, para más obsequiarnos, consintió, después de muchas súplicas, en sentarse como nosotros, y entonces comenzaron á desfilar ante nuestros encantados ojos los platos de la cocina árabe, objeto de nuestra curiosidad.

Traducido del italiano por
C. V. DE V.

(Continuará).

Mujer

(CONCLUSIÓN)

VIII



ENVIADA la carta, Alfonso sintióse regocijado y dolorido á la vez: respiró primero ruidosamente; luego, opresión inexplicable le apretó el pecho y los pulmones. Como subía la escalerita que conducía á las habitaciones de su mujer, atribuyó al sobrealiento aquel singular ahogo.

Ni en el saloncito ni en el gabinete estaba Ana. Tampoco la encontró en la gran alcoba, ni en el cuarto tocador. Ocurriósele entonces que podría

estar en un aposento espacioso, con vistas al patio, donde la señora de la Cueva tenía algunos libros, estantes, plantas, flores, un costurero incrustado de nácar. Era aquella habitación, para Ana, especie de retiro, al cual cada día agregaba algún mueble á su gusto, algún armario cómodo, algo que no tenía cabida en las demás. Alfonso entraba rarísima vez allí, y advirtió una gran emoción, casi un sacudimiento, cuando al empujar súbitamente la puerta sorprendió á Ana arrodillada ante un reclinatorio, oculta la cabeza en las manos, en actitud de anonadada plegaria; y al incorporarse la señora, vió sus mejillas encendidas como de haber llorado mucho, y su cara descompuesta, por el espanto.

Fué Alfonso derecho á su esposa, y tomándola en brazos tiernamente, con risa húmeda de gozo, con esa efusión del hombre que sabe y siente que por él solo ha implorado la mujer á su Dios, la dijo muy quedo, al oído casi:

—Ea, á serenarse, á no lloriquear, á pensar en el almuerzo... Ya se acabaron los sustos. Todo arreglado...

Y como la dama le mirase fijamente, atónita, sin comprender:

—Arreglado... á satisfacción, sin tropelías... sin paseito al terreno... ¿No entiendes? ¡Tontina! Que ya no se bate Fonso... tu Fonso, el Fonso de Nitis la fea...

En vez de abandonarse al abrazo conyugal, Ana se enderezó rígida, y haciéndose un poco atrás, apoyando las palmas en los hombros de la Cueva, preguntó ansiosamente:

—Pero... ¿qué? ¿cómo? No entiendo... Haz favor de explicarme bien... ¿Que no hay lance? ¿Es eso?

—Eso es.

—Y... ¿cómo puede no haberlo? insistió Ana sin reflexionar lo que decía, notando que se alteraba su voz al formular la pregunta.

—Hija... articuló Alfonso con extrañeza, porque... porque las cosas... se han presentado bien, y Ramiro...

—Ramiro... ¿qué?

—¡Ha... dado... explicaciones!

—¿Explicaciones? ¿Qué explicaciones? ¿A quién?

—¡Voto á cribas! exclamó él ya más alterado que confuso. ¿A quién había de ser, hija del alma? A mis padrinos, por medio de los suyos.

—Pues aún no lo entiendo, declaró Ana energicamente, ya plantada fuera del círculo de los brazos de su esposo.

—Naturalmente que tú no has de entender estas cosas de duelos, hijita; ¡bueno fuera que las entendieses! Por lo mismo, cuando yo te digo que el asunto se arregla, me parece que no hay razón para que te asombres de ese modo. Hasta lo encuentro... ¿sabes tú? un poquitillo feo; cualquiera pensaría que deseabas verme... ir... al terreno... á que...

Tan pronto como hubo dicho Alfonso, con risa amarga, estas palabras antipáticas y mezquinas, pesóle de ellas, y diera gustoso algo bueno por no haberlas pronunciado. Vió que, al encendimiento causado por las lágrimas, sustituía repentina palidez, y que Ana, sin desplegar los labios, le hincaba en la conciencia un mirar escrutador, fijo, hondo, elocuente, terrible. Bajo aquel mirar, Alfonso se sintió tan cohibido como aquel á quien desnudan y obligan á descubrir y patentizar la fealdad de su cuerpo, que antes ocultaba la ropa. ¡Horrible caso! Ana le veía la vergonzosa lacra, la parálisis de la voluntad, mutilada y sin alientos para la acción reparadora! Y mientras su mujer, antes sofocada, palidecía, Alfonso, inmóvil, sentíase enrojecer hasta la frente, como si le sumergiesen

poco á poco en un baño de agua hirviendo. Y el silencio se prolongaba, penoso, abrumador, cargado de pensamientos y de revelaciones, sin que Ana rompiera á hablar, sin que Alfonso se atreviera á articular una sílaba.

Por fin él fué quien quebrantó, torpe y balbuciente, el doloroso mutismo. Según práctica general de los que no pueden defenderse con razones, acudió á las obras, y se acercó á Ana demostrando cariño y rodeándola el talle para atraerla á sí, mientras murmuraba:

—Vamos, hija... perdona... Me has sacado de mis casillas... Está uno nervioso... y tampoco se puede negar que las señoras mujeres sois bien raras! Te me pasas la noche sin dormir y la mañana afligiéndote; te encuentro hecha una Magdalenita, pidiendo á todos los santos que no le suceda nada á tu niño... y vengo á enterarte de que nada le pasará, y me recibes como á un perro! El diablo que os entienda... ¿Qué, ya no me quieres? Se me figura que te apartas...

—No, respondió ella, que en efecto se apartaba; hijo, es que estoy así... sobrecogida... Déjame un poco... ¿eh? necesito reponerme...

—¿Ahora me echas? ¡Eso faltaba!

—¿Echarte? ¡Qué cosas dices! Quédate si quieres...

—¡Si quieres tú... sí que me quedaré!

—A la verdad... me duele la cabeza de un modo espantoso: tengo un jaquecón... No vale nada, ya pasará... pero voy á echarme y á cerrar las ventanas... Acaso sea falta de sueño.

Y saliendo del cuarto, Ana se dirigió á su dormitorio. Alfonso la seguía; pero la señora iba tan aprisa, que cuando el esposo llegó á la puerta sintió el ruido del pasador que corrían por dentro. Dudó la Cueva si debía ó no respetar la consigna: por último, suspirando, bajó la escalera lentamente, esperanzado en que á la hora del almuerzo se reuniría con su mujer. No obstante, cuando sonó tan apetecida hora, y Alfonso, de pie ante la coquetona mesita que alegraba un macizo de violetas y rosas tardías, y donde sonreía en el cristal el claro sol de invierno, esperaba á Ana para sentarse y honrar la tortilla francesa y los riñones al Jerez, el criado de comedor se le acercó, y cuchicheó con cierto misterio:

—De parte de la señora, que almuerce el señor, que la señora no puede bajar: está descansando.

Alfonso calló y apenas tocó á los platos que le sirvieron. Era la primera vez, desde su casamiento, que almorzaba solo. Algo duro le apretaba la garganta, y el comedorcito, tan gracioso, tan lleno ya de memorias, tibio aún por los efluvios de amor que poblaban su ambiente, se le figuraba una tumba. Levantóse antes del café, y se retiró á su despacho.

Las horas pasaban con lentitud insufrible, sin que ningún ruido animase los ámbitos del hotel. Alfonso, encendiendo cigarro tras cigarro, ya paseaba, ya quería abrir un libro ó un periódico, ya se apoyaba de codos en la ventana, ya mudaba de sitio un cacharro, un bronce, una silla. Sus paseos acababan siempre al pie de la escalera interior, de caracol, cuyos peldaños encerados solían crujir bajo el noble peso del cuerpo de Ana, cuando bajaba á sorprender á su marido, á revolverle el despacho, á traerle la alegría y el mimo de su ternura juvenil. La escalera también permaneció muda: ningún rumor salía del piso alto.

A cosa de las tres y media, hizo tétrica ya para Alfonso la espera y la soledad. Llamó al timbre y mandó que se le dijese á la señora que ya era hora de paseo, que pronto estaría lista la berlina, que la tarde era magnífica,

que no tendría frío, que se abrigase sin embargo... El criado volvió de allí á poco, entre malicioso y cariacontecido: no se podía pasar el recado, porque era orden expresa de la señora que la dejasen reposar... El marido miró hacia la escalera, y un momento pensó subir, forzar puertas, provocar explicaciones, reconquistar con un golpe de audacia su sagrada monarquía... Mas cuando deliberaba si poner por obra semejante resolución, un hielo paralizó sus piernas; una vergüenza interior le detuvo; no acertaba á analizar sus sentimientos, ni por qué le sujetaban así al piso, y sería necesario que alguien más sagaz, alguien hecho á discernir sentimientos y á encadenar los hechos en demostración de la lógica de las leyes morales, le dijese al oído que la base de la relación entre las dos mitades de la humanidad, entre el varón y la hembra; es tan anómala y tan artificial, en medio de su secular persistencia, que ni él puede perdonarle á ella jamás un instante de flaqueza, ni ella á él un segundo de miedo... Así como estaría Ana ante la conciencia de Alfonso si se presta á la osadía de Dávalos, estaba Alfonso ante la conciencia de Ana, por tolerar la ficción de esa osadía y no castigarla con pena de muerte: ¡justa compensación de dos puntos de honra, y bien contado rescate con que ha de pagar el varón su ilimitada soberanía!

—El faetón para mí, mandó secamente Alfonso.

Y á eso de las cuatro y cuarto, declinando ya el sol, entró en el Retiro. Muchas cabecitas curiosas, empañando con su aliento el vidrio de las berlinas, se tendían para estudiar si la palidez de la Cueva era sólo causada por el frío. Bastaba ya para estimular la curiosidad el hecho de que Ana no acompañase á su esposo: precisamente la única distracción á que antes de la fatal tertulia habían concurrido, y siempre juntos, era el paseo. Preocupado, sombrío, absorto en guiar maquinalmente el tronco tarbés, Alfonso no se enteraba de las ojeadas inquisidoras. Ni vió siquiera que el Gobernador de Madrid, asomándose á la ventanilla de un clarens, le contempló buen rato, entre risueño y pensativo.

Un seco galope resonó casi al lado del faetón, y Alfonso, que había puesto las jacas al paso, vió de reojo á Ramiro, caballero en su eterno árabe, algo viejo, procedente de los tiempos de esplendor de los Dávalos, familia arruinada ya. Estremecióse la Cueva, y, como la vispera, cruzó ardiente ojeada con su mortal enemigo. La cara de Dávalos permaneció impassible: los ojos sí destellaron mofa, júbilo y triunfal desdén, en términos que el marido de Ana, hiriendo con la fusta á sus vivas jacas, las sacó á un trote muy largo, desviándose á toda prisa del vengador terrible que, — por raro procedimiento, sin lograr ni el más leve é inocente favor de la honestísima señora de la Cueva, — había sabido robar á Alfonso, el honor y la dignidad ante el público, y la dicha y el amor en la intimidad conyugal.

EMILIA PARDO BAZÁN.

NUESTROS GRABADOS

Capilla de la Natividad en la cripta de la Basílica de Santa María en Belén

Este venerable Santuario se encuentra en la Basílica de Santa María, que había pertenecido á los latinos, á quienes fué arrebatado por las maquinaciones y por el oro de los cismáticos griegos. Consiste la capilla de la Natividad en una cueva de doce metros de longitud por cuatro de

Un mártir de la fotografía instantánea



1.— ¡A Melilla! Sí, señor. Allí encontraré ancho campo para desarrollar mis aficiones fotográficas...



2.— Con esta vestimenta y esta cámara-detective, me tomarán por un inglés perfecto, moros y cristianos.



3.— ¡Atrás el inglés!
— ¡Ca, no senyó! Catalá, ben catalá... Pepet Masdeu, molt amich d' en Martínez Campos...



4.— ¡Ole ya! ¡Viva España! ¡Magnífico, sublime panoramal! ¡Lástima de hallarme tan lejos!

ancho y poco más de dos de altura, siendo más estrecha en el fondo. Preciosos mármoles de varios colores cubren el pavimento y las paredes: la luz del día no llega hasta allí, pues si bien la gruta tuvo antes salida al valle, el temor á los turcos hizo que se cerrase aquel paso. Treinta y dos lámparas de plata, ofrendas de soberanos de España, Austria, Francia y Nápoles, difunden constante y suavísima claridad, ayudando por tal modo al arrobamiento que en aquel Lugar Santo se apodera de las almas creyentes y las sumerge en tiernas y devotas meditaciones. En el extremo oriental de la capilla, entre las dos escaleras que á ella conducen, desde el coro griego en la basílica, hay en el suelo una plancha de mármol blanco, con jaspe incrustado y rodeada de un círculo de plata en forma radiante. En este círculo se leen las palabras

HIC DE VIRGINE MARÍA
IESVS CHRISTVS NATVS EST

A siete pasos de distancia hacia el Sur, dejando á la espalda una de las escaleras que llevan á la iglesia superior, se halla el Pesebre, al que se baja por medio de tres escalones. Una pieza de mármol blanco labrada en forma de cuna ha sustituido al pesebre de madera en donde la Santi-

sima Virgen colocó entre pajas al Soberano Señor de Cielo y Tierra, pesebre que después fué trasladado á la Basílica de Santa María la Mayor en Roma, en donde lo veneran los católicos. Como esta parte de la gruta no permite por lo baja que en ella se celebre el Santo Sacrificio, se ha levantado muy cerca un altar, llamado de los Magos ó de los Tres Reyes, en el sitio en que estuvo sentada la Santísima Virgen al presentar el Divino Infante á la adoración de aquellos príncipes de Oriente. Allí mismo le adoraron antes los Pastores. Este altar, lo propio que el Pesebre, los poseen los católicos.

«Nada puede darse tan agradable y devoto como esta iglesia subterránea — escribe Chateaubriand; — enriquecena varios cuadros de las escuelas italiana y española, representando los misterios de estos lugares. Virgenes y Niños á la manera de Rafael, Anunciaciones, la Adoración de los Magos, la llegada de los Pastores, milagros todos en que la grandeza acompaña á la inocencia. Los adornos ordinarios del Pesebre son de raso azul bordados de plata. Ante la cuna del Salvador humea de continuo el incienso, y he oído en la misa tocar con gran expresión en el órgano los aires más suaves y tiernos de los mejores maestros de Italia. Estos conciertos encantan al árabe cristiano que, dejando en el campo sus camellos,



5.— No, lo que es este apunte no se puede perder.



6.— ¡Dios me valga!



7.— Toma, honrado hebreo, marcha á Barcelona, entrega estos preciosos clichés al director de LA VELADA, y si esto haces moriré contento.



8.— ¡Ah! te recomiendo eficazmente le digas que remitiré nuevos clichés desde el otro mundo.

viene como los antiguos pastores de Belén á adorar en su cuna al Rey de Reyes. Yo he visto al morador del desierto comulgar en el altar de los Magos con un fervor no sentido por los cristianos de Occidente.»

Navidad

DIBUJO DE APELES MESTRES

El cántico que se lee en el cap. II del Evangelio de San Lucas, resuena en el día de Navidad en todos los países cristianos del orbe. Día es de regocijo para todos, porque se conmemora en él la feliz Redención del género humano por nuestro Salvador.

«Y había unos pastores — dice el Evangelista — en aquella comarca, que estaban velando y guardando las velas de la noche sobre su ganado.

»Y he aquí se puso junto á ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron grande temor.

»Y les dijo el ángel: No temáis, porque he aquí os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo.

»Que hoy os es nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.

»Y esta os será la señal: Hallaréis el Niño envuelto en pañales y echado en un pesebre.

»Y súbitamente apareció con el ángel una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababan á Dios, y decían:

»GLORIA Á DIOS EN LAS ALTURAS Y EN LA TIERRA PAZ Á LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD.»

Hermosas palabras que confortan el espíritu y lo elevan á las regiones de eterna bienandanza en donde es todo luz y claridad. Hermosas palabras que han sido la fuente más viva de inspiración del arte cristiano en los pasados siglos y en el presente. Sería interminable el catálogo de las creaciones que en la poesía, en la pintura y escultura y en la música, en todos los órdenes del arte han nacido al calor de la inspiración dimanada de los versículos de San Lucas que hemos copiado. Ellos animaron también el lápiz del reputado dibujante Apeles Mestres para idear y realizar la lámina que figura en este número. Es una composición alegórica que en primer término recuerda el nacimiento del Señor, y en seguida, como natural complemento, la alegría que en los países cristianos reina en la noche de Navidad, sin que á nadie le asusten los fríos ni las nieves que cubren la tierra en aquel día, en muchas de las comarcas del mundo. Un

lápiz elegante y un sentimiento delicado acrecen el interés y el mérito de la hermosa lámina de Apelles Mestres.

La Virgen, el Niño Jesús y San Juan

CUADRO POR G. BOUGUEREAU

El pintor Bouguereau, uno de los artistas contemporáneos á quienes se puede proclamar abiertamente maestro eximio en el difícil arte del dibujo, ha estudiado con verdadero amor las obras pictóricas de Rafael Sanzio, de Andrés del Sarto y de otros artistas que en el siglo XVI se hicieron justamente famosos. Bouguereau ha ido en busca, tras del estudio de aquellos maestros, de su portentosa corrección en la línea y en el modelado, y al modo de ellos no ha perdonado en sus cuadros medio alguno de conseguir una pulcritud de dibujo, que han de reconocer y casi de aplaudir sus más decididos contrarios. Se ha dicho que las pinturas de Bouguereau eran más científicas que artísticas, si así vale decirlo, porque en ellas todo estaba calculado y medido, y ni rebuscando mucho se encontraba el menor defecto en la línea. Esto puede disgustar á los naturalistas é impresionistas, mas para cuantos entienden que en el arte ha de haber selección y en ella idealidad, ha de ser por el contrario motivo de agrado y de aplauso. Sólo quisiéramos en el artista francés de nuestros días más ingenuidad de sentimiento, mas para esto era preciso que buscara la inspiración en los pintores de la centuria anterior á Rafael y del Sarto. De todos modos, las Sacras Familias y las Vírgenes de Bouguereau son obras magníficas, concebidas con grandeza, dibujadas con distinción, pintadas con finísimo y elegante colorido. *La Santísima Virgen con el Niño Jesús y San Juan*, que publicamos hoy, por medio de un excelente grabado, hará bueno á los ojos de nuestros lectores lo que llevamos dicho, y acreditará que su autor es artista de gran aliento y merecedor del renombre que se ha conquistado en su patria y fuera de ella.



Un sabio inglés, Mr. Crowbridge, ha tenido ocasión de observar curiosísimos fenómenos debidos á la acción de las descargas eléctricas.

Durante su permanencia en un hotel alumbrado por lámparas eléctricas incandescentes, se desarrolló por la noche una fuerte tormenta y pudo observar que á cada descarga eléctrica, aunque tuviese lugar á gran distancia, como lo indicaba el intervalo de tiempo que transcurría entre el momento de observación del fenómeno y el de percibirse el ruido del trueno, las lámparas oscilaban. A medida que la tempestad se aproximaba las variaciones de intensidad de las luces se acentuaban, y algunas descargas violentas y próximas provocaban la extinción momentánea de las lámparas.

Estos fenómenos se explican fácilmente teniendo en cuenta las propiedades inductivas de las descargas oscilatorias. Las corrientes inducidas, desarrolladas en los conductores que sirven para el alumbrado por las descargas eléctricas que modifican la intensidad de la corriente eléctrica, producen las variaciones en la luz. Estaban ya previstas estas oscilaciones, pero no se creía que llegaran á acentuarse de tal modo que hasta produjeran la extinción de la luz.

Esto es un inconveniente por fortuna de poca duración; pero las consecuencias del desarrollo de las corrientes por inducción en los conductores del alumbrado eléctrico pueden ser peligrosas cuando los conductores, como acontece de ordinario, pasan junto á los aparatos de gas. Éstos dejan escapar continuamente una pequeña cantidad de fluido, ya sea por las juntas, ya por los pequeños agujeros formados por algún granito de arena en la masa de los aparatos fabricados por fusión y vaciado. Por otra parte, el aislamiento de los conductores eléctricos, si bien satisface las condiciones normales de alumbrado, puede resultar insuficiente cuando por dichos conductores

se desarrollan corrientes de fuerte tensión inducidas por las descargas eléctricas.

Y no vaya á creerse que este peligro es una quimera. Mr. Crowbridge refiere que en el hotel de que hemos hablado, una pequeñísima corriente de gas que se escapaba por un agujero por el que no habría penetrado un alfiler, se inflamó sin causa aparente durante la borrasca, y que á no ser porque un criado acudió á tiempo se hubiera declarado un incendio.

Hoy que el alumbrado eléctrico, recomendable por muchos conceptos, se propaga con gran rapidez, deben tomarse toda suerte de precauciones si se quieren evitar accidentes de esta naturaleza. Conviene particularmente renunciar por completo al empleo mixto del alumbrado eléctrico y del alumbrado por gas.

Un pobre barquero, que no había ganado nada en todo el día, regresaba muy triste á su casa, cuando oyó que alguien le llamaba para pasar en la barca. La travesía se hizo alegremente. Pero al pedir el importe el barquero, protestó el pasajero alegando que no llevaba ni un céntimo, pero que en cambio le daría un buen consejo que valdría tanto como el dinero que le debía.—¡Buenos estamos! ni mi mujer ni mis hijos viven de consejos,—exclamó el infeliz barquero. Pero al ver que nada podía alcanzar del pasajero le pidió que le diese el consejo.—Consiste en que no paséis á nadie en la barca sin cobrar por anticipado.

Un florentino conocido por Pogge quiso comprar un caballo. El vendedor pidió por él veinticinco ducados.

—Os daré quince al contado, dijo el florentino, y os quedaré en deber el resto.

El vendedor se avino á ello y al cabo de algunos días fué por los diez ducados.

—Es preciso, observó el comprador, atenernos á lo convenido. Os dije que os quedaría en deber el resto, y si os pagaba ya no lo debería.

Al ver una zorra algunos polluelos acostados junto al gallo en un corral, procuraba hacerlos salir por medio de halagadoras palabras:

—Tengo una buena noticia que comunicaros, los animales han celebrado un gran consejo y han convenido una paz eterna. Bajad, celebraremos como buenos amigos este acontecimiento.

Al oír esto el gallo, que por esta vez fué más astuto que la zorra, levantándose sobre los espolones se puso á mirar á todos lados, por lo que la zorra le preguntó:

—¿Qué miráis?

—A dos perros que vienen hacia aquí con gran pres-
teza.

En vista de lo cual la zorra huyó precipitadamente.

—¡Cómo! dijo entonces el gallo, ¿la paz está acordada entre todos los animales?

—¡Oh! gritó huyendo la zorra, es posible que estos dos perros ignoren todavía la noticia.

Existe un procedimiento sencillísimo para comunicar al papel de escribir y á los sobres de cartas un olor agradable y permanente. Consiste en empapar con esencia de madera de sándalo algunas hojas de papel secante; dejarlo secar y colocarlo entre las hojas de papel ó entre los sobres. Al poco tiempo el papel queda perfumado de tal modo que conserva el olor por espacio de algunos años.

Para distinguir el marfil animal del marfil vegetal basta poner en la superficie del objeto una gota de ácido sulfúrico concentrado, el cual produce, al cabo de diez á quince minutos, un color de rosa que desaparece lavándolo simplemente en agua clara, si el objeto es de marfil vegetal. Si es de marfil animal no toma ningún color aunque esté en contacto con el ácido sulfúrico.

Hay tres cosas que no se alcanzan con el auxilio de otras tres más y son: la riqueza con el deseo, la juventud con el afeite y la salud con los medicamentos.—VSCHEK.

La actividad es la mercadería que produce mayor beneficio.—PROVERBIO ÁRABE.

A veces la desgracia es útil.—C. RUTILIUS.

No haber conocido la desgracia es una desgracia.—PUBLIUS SYRUS.

La pobreza nada teme; ella me ha determinado á escribir.—HORACIO.

Las enfermedades del alma no se parecen á las del cuerpo; cuanto más graves se presentan menos las sentimos.—SÉNECA.

Desventurado el que tiene completa libertad para obrar mal.—CICERÓN.



EL REMOLCADOR... SECO

Cuando el aire está completamente libre de humedad, con gran contento de los reumáticos y de los tañedores de instrumentos de cuerda, puede verificarse una experiencia curiosa é instructiva, por lo que indica sencilla y claramente la naturaleza de los dos fluidos eléctricos, cuya conjunción de oposiciones produce tantas maravillas en nuestros tiempos.

Tómese una tarjeta de visita, ó un naípe, y frotándolo vigorosamente con un paño ó con un cepillo, durante un buen rato, queda electrizado de manera que puede atraer cuerpos de peso bastante regular, puestos en equilibrio, como por ejemplo, una escoba encima del respaldo de un sillón, ó si no se quiere democratizar tanto la experiencia, un bastón con puño rico.

Inmediatamente después de haber sido electrizada la cartulina, se aproxima al objeto que se quiere atraer y que está en equilibrio y se verá adelantar al solicitada como si le obligase á perder su posición una especie de fascinación magnética: excuso añadir que el bastón cederá porque, sin tocarlo, habrá perdido el equilibrio; por esto preferiré emplear la escoba que no puede estropearse tan fácilmente.

La misma cartulina atrae los cuerpos ligeros como barbas de pluma, papelitos, arenilla fina, etc., esto es debido á que el fluido eléctrico que contiene corresponde al género resinoso ó negativo, que atrae... como el vicio, y como él hace caer.—JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

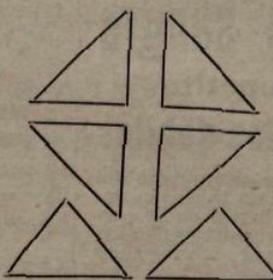
A la charada: LA-GU-NA A la charada-logogrifo: RÍO

Al logogrifo numérico: CLAUDIO

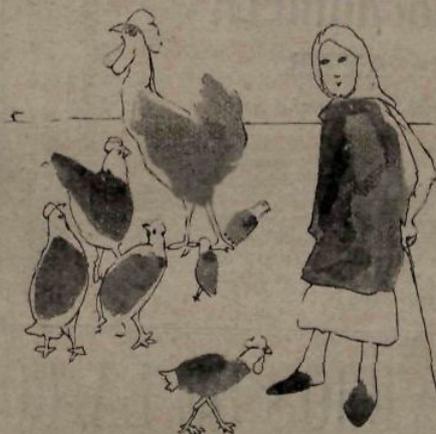
A la combinación:

CORBERA
PINEDA
DOSRIUS
CALAF
ARGENTONA
CAPOLAT
ORPÍ
MASNOU
GRACIA

Al problema:



Solución á la esfingeografía del número 80



CHARADA COJA

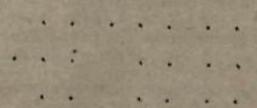
Diz que si mi todo es bueno es émulo de... 1, 2, 3, y cuando tiende la mano dice muy contento... 1, 3, y si en sus manos se entrega un enfermo rico... 2, 1.

PHILOS.

ROMBO



TERCIO DE SÍLABAS



Sustituir los puntos por letras de modo que resulte: 1.ª línea horizontal, vocal; 2.ª, cantidad; 3.ª, nombre de mujer; 4.ª, sustancia química; 5.ª, capital de España; 6.ª, nombre de mujer; 7.ª, vocal.

E. L. DE G.

Sustituir los puntos por letras de manera que, leído vertical y horizontalmente, den los siguientes resultados: 1.ª línea, nombre de hombre; 2.ª, la llevan los niños que van á la escuela; 3.ª, oficio.

JULIO MARTICÁS.

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

VERSIÓN CASTELLANA

♦ por Cayetano Vidal de Valenciano ♦

Obra profusamente ilustrada con láminas sueltas, en cromo y en negro, y numerosos grabados intercalados en el texto, apuntes del natural, que son reproducción fidelísima de monumentos, ciudades, armas, tipos y costumbres de lo más notable del imperio de Marruecos. Esta obra vale 12,25 pesetas en rústica y 16,75 ricamente encuadernada.

Zarzaparrilla

del Dr. AYER

Purifica la sangre

Abre el apetito

Fortalece á los débiles

y expulsa las materias nocivas del cuerpo, restableciendo la acción natural y saludable en la piel, en los nervios y glandulas, reconstituyendo las fuerzas debilitadas por enfermedades y toda clase de excesos.

La ZARZAPARRILLA

del Dr. AYER

Ha curado á otros, le curará á usted

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

¡Póngase en guardia contra imitaciones espúreas.—El nombre de "Ayer's Sarsaparilla"—figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada una de nuestras botellas.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis.—BARCELONA —

LA
TIERRA SANTA

por

D. Victor Gebhart

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

por
ENRIQUE LASSERRE

Esta obra consta de un voluminoso tomo, y se reparte por cuadernos al precio de 4 reales.

Espléndida edición

CRISTOBAL COLÓN

SU VIDA—SUS VIAJES—SUS DESCUBRIMIENTOS

por

D. José María Asensio

SECTOR DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS: CORRESPONDIENTE DE LA DE LA HISTORIA

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles.—Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebu y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japon y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE —La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^ª, plaza de Palacio.—Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10.—Santander; señores Angel B. Pérez y C.^ª—Coruña; don E. de Guardia.—Vigo, don Antonio López de Neira.—Cartagena; señores Bosch Hermanos.—Valencia; señores Dart y C.^ª—Málaga; don Luis Duarte.